

juán morel

E L L I D E R

- 1949 -

A la juventud, nervio vital de
la patria; esperanza de mi pueblo.

El Autor.

M O T I V O

El hombre ha perdido, enajenado, su voluntad. Dos terribles fantasmas se han apoderado de la voluntad del hombre: el Miedo y la Inercia. Ya no sólo el miedo a vivir, sino el miedo a no vivir.

Se le tiene miedo a la Vida y también a la Muerte. Miedo al tirano, miedo al mañana. El pánico y el temor se apodera de todos los cerebros y los inhibe y los dirige a su antojo.

Por otra parte, el espíritu de masa, producto del maquinismo, hace del hombre una función de la corriente. Los embaucadores; los malos dirigentes; los ambiciosos que no tienen viciada su voluntad, aunque esa voluntad sea perversa, se aprovechan de ese espíritu mediocre, de esa voluntad viciada, para dirigir la humanidad como un rebaño hacia sus indignos propósitos.

En este siglo hay quienes buscan el rebajamiento de la dignidad humana. El hombre se bestializa. Y la bestia es una oveja, función de un rebaño.

Por eso, escribir en contra del miedo y de la inercia es una necesidad; un imperativo categórico.

Me propongo en ésta, mi primera novela, demostrar que la voluntad del hombre puede sobreponerse a los fantasmas. Lo urgente es fortalecer la voluntad, el ser.

Pedro es un hombre cualquiera. No tuvo más escuela que la lucha. Se engrandeció en su sufrimiento. Y, ante todo, fue un hombre. No sub-estimó la personalidad humana. Como no era ambicioso, no llegó al poder. Siempre fué un hombre de su pueblo. "Yo no soy un hombre que habla. Yo soy un pueblo que se queja". Así era nuestro héroe. Un hombre que quiso a su pueblo y vivió con él. Sencillo, ingenuo a veces, más arrogante y valeroso siempre. Hombres como él son los que abonan y fertilizan el género humano. Hombres como él son los que necesita mi Patria. Esta Patria que tengo en mi corazón y que es tan mía como del más infeliz marañonero.

Panamense: levanta tu cabeza. ¡Adelante!. La Patria está en peligro. Revive el Pedro que tienes en tí; que resucite Tu Voluntad ...

Yo no soy un hombre que habla.
Yo soy un pueblo que se queja.

JOSE MARTI.

LOS PADRES

- José, ¿qué quieres?. Te habla tu esposa; ¿qué quieres?.

En medio de su letargo febril de ensoñación, la voz de su esposa era un coro de ángeles; morbosamente divina

-¿No quieres contestar a tu negrita? ¿Quieres dejarla sola?. Yo me quiero ir contigo...; Por favor, no me dejes sola!.

Una sonrisa libidinosa se dibujó en el semblante del enfermo.

Dolores desesperada, llorosa, con el rostro demacrado por los sufrimientos de los últimos días, buscaba la palabra, el gesto que pudiera obtener el milagro. Sus oraciones fervorosas no habían sido oídas. Su marido allí estaba, muriéndose; y ella sin poder hacer nada.

"¿Qué hacer?, ¿qué hacer?" -se repetía con insistencia-. Pensó en su vecina y se dirigió con dificultad a la puerta. Casi al llegar sintió un escalofrío e inconscientemente apresuró el paso.

Las dos mujeres subían en silencio la escalera. La obesa y rechoncha figura de Adela, la vecina, contrastaba con la esquelética y desgarbada de Dolores. Ambas, sin embargo, guardaban una expresión de dureza y amargura: sus ropas raídas, sus cabezas sucias y grasosas, eran signos inequívocos de la vida miserable que arrastraban.

Adela, atando cabos, llegó a la funesta conclusión de que Juan José moriría esa noche. Cada peldaño de la escalera que en esos momentos subía, era como un argumento nuevo. Ella lo había ayudado en su primera crisis hemóptica y todavía conservaba la desagradable impresión que le habían causado los coágulos, la sangre y los espasmos convulsivos. Su hermano, pese a su juventud, murió en tres días a consecuencia del mismo mal. Precisamente hoy, conforme a sus augurios, había llegado Dolores diciéndole que Juan José estaba agonizante.

-¿A qué hora crees que morirá?

Adela se sintió apenada por su comportamiento. Habría querido consolar a su vecina asegurándole que él mejoraría. E, inexplicablemente, aquella estúpida pregunta.

Dolores no pudo oír las palabras de su amiga.

Tenía varios días de no poder salir de su enquistamiento. Había creído que lo mejor era el ir por Adela y ahora le parecía absurdo. El inquietante "¿qué hacer?" le punzaba el cerebro; la atormentaba. Tenía locos deseos de huir, correr, olvidarse de todo, perderse en lontananza....

Al mirar el cuerpo del enfermo, Adela llevó una fuerte impresión y se sobrecogió asustada. En el día y medio que tenía de no verlo había sufrido un cambio terrible. Sus ojos hundidos; sus pómulos salidos; su boca entreabierta, le daban una expresión cadavérica que se tornaba más macabra con los reflejos tenues que esparcía la lámpara.

El silencio fué roto por un quejido apenas perceptible. El enfermo volvió a quejarse moviendo lentamente la cabeza. Adela se sintió embarazada.

- Quizás quiera decirte algo, Dolores.
Háblale; puede ser que te reconozca.

- No; el pobre no puede. Desde esta mañana trata de hablarme, pero está muy débil.

- ¡Ay Dolores!. Deveras que lo siento. Y

no poder ayudarte en nada. ¿Dónde está tu hijo?, preguntó por decir algo. Sabía perfectamente que Pedro se encontraba en el interior.

- Está en jira política. Ya le pedí a mi compadre que le telegraficara. ¿Qué más puedo hacer.... ? ¡Estos malditos tiempos!

A las mujeres se les hacía difícil la conversación. El moribundo hacía pesada la atmósfera. Gravitaba como una cadena sobre sus conciencias, sin permitirles discernir.

-¿Has visto algún doctor?

Las personas, cuando están en una situación difícil, de imposible solución material, buscan para su consuelo, refugio en el espíritu. Dolores no hallaba una solución material a sus problemas. Sin embargo, tenía esperanzas. Le parecía que todo era imposible; que su marido no podía morir; que esa situación pasaría. Por eso, cuando su amiga le preguntó si había visto algún doctor, le sonó un poco extraña su pregunta. Y recordó que en una ocasión su sobrino había sido llevado al hospital porque padecía una infección intestinal, y que, al poco tiempo, murió del tifo que había adquirido allí, en el hospital donde fué a curarse.

-No; no quiero que se lo lleven al hospital. Podría contagiarse más.

¿Contagiarse más? -pensó Adela- ¿No sabrá que no pasa la noche?."

- Tienes razón. Además, dicen que cuando están muy enfermos los apuran para dejar el sitio a otros.

Dolores sabía que a su marido no lo podían "Apurar", porque ella contaba con amigos médicos y algunas otras personas que podrían denunciar el crimen y causar el consecuente revuelo. Le entristecía que Adela la nombrara en esto como "una de las suyas".

-;Yo no sé qué hacer!. ¡El pobre era tan bueno!. Sabes, tuvimos días con suerte... Esa maldita política nos fregó a todos.

- Ya lo creo: todas son puras mentiras.

Gruesas lágrimas corrieron por sus desencajadas mejillas, suavizándole el rostro. Aquellos días en que vivían cómodamente. Cuando Pedro, su hijo, era todavía un "niño inocente" y fueron invitados por Don Gerardo a la "soirée" que se daba con motivo del quinto aniversario de la Fundación del Partido, en la que Don

Gerardo había pronosticado un glorioso futuro a su marido. ¡Días encantadores aquellos!. Hoy, el noble Juan José sin poderse mover. ¡Cuán lejos estaban los jefes del partido! Del partido que casi lo había llevado a la tumba. "Para lo que faltaba".

Nuevamente se apoderó de su cerebro, estrujándolo, el inquietante: ¿qué hacer?.

C A P I T U L O D O S

El Jefe del Partido Demócrata era un hombre entrado en años; de frente amplia, proyectada hasta media cabeza por los estragos de una calvicie pronunciada; mentón partido; mejilla acolchonada; ojos y órbitas sobresalidos, como los de un sapo; cuidadoso de su persona; afeitado siempre como un cura. Emperrado en sus empresas y terco como un baturro, tenía en su haber más de treinta años de luchas infructíferas. Deshizo y rehizo su fortuna a través de las lides electorales; en las que nunca -- faltó, desde que tuvo la edad requerida para ello, su registro como candidato en las nóminas de elección. En esta ocasión habíase lanzado como candidato a la Presidencia y contaba con el apoyo irrestricto del Gobierno; el factor más importante para obtener el triunfo, ya en los comicios, o fuera de ellos.

Esa noche celebraban un banquete los caciques del Partido. Llegó la noticia de que Juan José estaba gravemente enfermo. Dos hombres vestidos de "Smoking", con elegantes atavíos, comentaron lacónicamente: "pobre Juan José!" Otro, llevándose sus finas y ensortijadas

manos por encima del bien recortado bigote, dijo, quedadamente al hombre que estaba a su lado:

- Papá, sugiérele a Don Gerardo la conveniencia de una ayuda.

- Bien, hijo, ya se me había ocurrido. Espera.

La comida se celebraba en el más amplio y lujoso restaurante del país. Una alfombra de motivos persas cubría todo el piso. Grandes cuadros adornaban las paredes. Uno resaltaba por sus colores vivos: representaba una oreja descomunal, de cuyos lados se desprendía un ojo rojizo y unos labios que sostenían una lengua de fuego. El motivo del cuadro: "Ver, oír y callar", se proyectaba en la misma razón, de derecha a izquierda. Un cuadro pintado al estilo de Salvador Dalí y que los entendidos aseguraban lo había hecho un pintor borrachín "por unos cuantos tragos". Era, no obstante, el que más llamaba la atención. Los demás cuadros, valiosos de por sí, joyas dignas de mejor suerte, pasaban inadvertidos. De vez en vez, se nosaban en ellos los ojos caritativos de un estudiante o los de algún extranjero interesado en ver si les sacaba algún provecho.

Una gran lámpara estilo Luis XIV pendía del techo, inundando de luz el salón. La cabecera de la mesa la ocupaban Gerardo González y sus más allegados: Ramón Tejeira y Ricardo García.

El Directorio del Partido se encontraba en su integridad. Recibía el nombre de "la Junta de los Cincuenta", por ser éste el número de miembros que lo componían. La organización del partido era harto extraña. Don Gerardo, el Jefe Supremo, era el "hombre fuerte". Su palabra no era discutida sino obedecida ciegamente. Los cincuenta eran los hombres de acción, los que se entendían con los "caciques" de pueblo y con el "vulgo".

Al fondo del salón, una orquesta pequeña interpretaba algunos valeses de Strauss. Era interrumpida cada vez que uno de los directores, nombrados con antelación, hacía uso de la palabra para brindar y rendir homenaje a su jefe.

Tres oradores hablaron por espacio de treinta minutos, siendo aplaudidos con frialdad al terminar sus peroraciones. El último había preparado el terreno para la intervención esperada del Jefe del partido. Los nervios de los comensales estaban en tensión. La orquesta

dió un toque de atención. Don Gerardo se levantó pausadamente sosteniéndose los anteojos. Comenzó:

- Señores y amigos: agradezco profundamente este homenaje, que más que a mí, habéis conferido a nuestro Gran Partido. Participo a ustedes que el Partido, gracias a vuestro trabajo, ha crecido y, por esta vez, es casi seguro nuestro triunfo." Nos hemos puesto de acuerdo con el Presidente, quien nos ha ofrecido su apoyo. Creo innecesario decirles que estas noticias son estrictamente confidenciales. Mas, para ustedes, no hay nada confidencial. Mi vida, mi corazón es para ustedes y para el Partido..."

Se interrumpió el discurso con el estruendo de los aplausos. Una voz aguardentosa gritó: ¡Viva Don Gerardo !. Otras contestaron al unísono: ¡Vivaaa !.

El orador, con serenidad, se acomodó las gafas. Alargando las manos, pidió silencio. Prosiguió:

- Desgraciadamente nos han llegado también malas nuevas. La casa de nuestro gran dirigente de La Laguna fué incendiada por los "cholos" (1); al parecer instigados por los estudiantes comunistas. Ya hemos tomado precauciones. El Gobierno ha intervenido. Han arrestado

a varios y se ha ordenado, además, suspender la campaña de alfabetización que nosotros tan generosamente emprendimos, pues, aprovechándose de ésta, los estudiantes rojos instigan a los campesinos a cometer actos de violencia..."

-¡Plomo con los rojos ! -protestó una voz impetuosa-.

Los demás nada contestaron; pero cambiaron sonrisas hipócritas entre sí.

- Señores: para terminar, quiero pedir un minuto de silencio..."

- Permítame, Don Gerardo -dijo Ramón Tejeira en voz baja, tirando de la manga del "smoking" del orador-. Y susurrándole al oído, continuó: Recuerde que aún no ha muerto. No se olvide del ofrecimiento.

- Perdonen ustedes; acaban de rectificar la noticia, lo que ha hecho que nuestras lágrimas se sequen con la toalla de la esperanza. ¡Dios lo quiere así! Debo comunicarles que nuestro compañero y amigo, Juan José Gutiérrez, el que nos acompañara desde que iniciamos nuestras primeras luchas, yace impedido por una penosa y

grave enfermedad. En caso de que ocurra lo funesto, yo personalmente, haré entrega a su buena esposa de mi ayuda. Doy las gracias nuevamente por el calor con que habéis acogido todas las resoluciones de la dirección del Partido y por la ayuda tan valiosa que habéis prestado. Muchas gracias. He dicho."

Grupos dispersos de personas formaron corrillos comentando el discurso, cuya parte más saliente era la ratificación formal de la promesa del Presidente. El ala derecha del partido había tomado sitio aparte y el tema que los ocupaba era la seguridad en el triunfo y las posibilidades de conseguir mayoría dentro del gabinete.

Los jóvenes también formaron su grupo. Un joven alto, rubicundo, censuró irónicamente:

- El viejo se ve muy cansado. Su discurso no tuvo ni la fuerza ni la forma que ha empleado en otras ocasiones. Como que fué improvisado... ¿Será por eso?

La insinuación, que los demás comprendieron, criticaba el hecho de que siempre el Jefe se valía de

terceros para confeccionar sus discursos.

Gerardo González salió acompañado de su brazo derecho, el Licenciado Ramón Tejeira. Se dirigieron al grupo de jóvenes y Tejeira interpelló al del comentario:

-¡Hijo, no vas a casa?

- No, papá, me quedo. Hemos organizado una fiestecita. Llegaré temprano.

Los dos hombres se alejaron. La situación de Tejeira se hizo un poco difícil, ya que no contaba con el coche para ir a su casa, pues el hijo lo había tomado. Afortunadamente, Gerardo se ofreció a llevarlo.

C A P I T U L O T R E S

La luna, eterna bohemia, se regocijaba jugando al escondite con las nubes viajeras. El viento rascaba las espaldas erizadas del mar, que celosos por los coqueteos de la luna, rompía sus puños contra los muros imposibles. En el centro de la ciudad, la carretera se dejaba poseer por el estrépito de los carros. La música de la Naturaleza, antaño una pieza beethoveniana, se había convertido en un fox-trot de yanquilandia. Los oídos del panameño se habían acostumbrado. Lo natural, el bom-bom de los tambores; lo extraño, el suave ritmo de cadencia clásica y corte de Natura.

El coche se deslizaba suavemente. El ruido de la ciudad se hacía un murmullo cada vez menos perceptible.

-¿Cómo sigue de sus cálculos?.

- No del todo bien, Tejeira. Hace unos días me sacaron cinco piedras y gracias a eso me siento más aliviado -contestó Gerardo, mientras subía el vidrio para evitar que el chofer oyera la conversación.

Tejeira quería preguntarle cuánto dinero había empleado en su campaña política. "Este hombre es muy -bruto -se decía- Si yo tuviera la mitad del dinero que él tiene, ya sería Presidente de la República.

En ese momento pasó a toda velocidad un auto -bus. ¡Zas!. Estuvo a punto de chocar con el auto. Un virón a tiempo evitó la catástrofe.

-¡Esos choferes son unos estúpidos! -exclamó Gerardo con enojo-. Y prosiguió: Ah, pero yo los meteré en cintura... Hombre, no se me había ocurrido.. Ya tengo un candidato para la Jefatura de Tránsito.

- Eso está bien, replicó Tejeira. ¿Y... se puede saber quién es el candidato?.

- Nada menos que tu hijo, mi ahijado. ¿Qué te parece?.

- Gracias; es cosa que le agradecemos sobremedida.

- Es que tu hijo es todo un carácter, prosiguió Gerardo. Me recuerda mi juventud. ¡Hermosos tiempos aquellos!

- Hermosos sin duda; pero sin experiencia.

Mi hijo es muy dado al jolgorio.

- "Ningún cura se acuerda cuando fué sacristán". ¿Recuerdas cuando organizábamos aquellas fiestas en el Club?. ¡Ah! -llevándose el cigarro a la boca- siempre nos salíamos con las mejores chicas...

- Se salía usted, Don Gerardo, porque a mí me tocaban las más engreídas. No muy bonitas, pero muy distinguidas.

- Hay gustos de gustos, replicó Gerardo. A mí dénmelas guapas, aunque sean del pueblo. ¡Años hermosos aquellos de nuestra juventud!

- Mas ya comenzamos a resentirlos...

Tanto Tejeira como Gerardo callaron. Recordaban sus propios quebrantos de salud. Tejeira sufría los ataques de una hipertensión arterial y sus venas se habían endurecido. Gerardo, además de los cálculos renales, padecía esclerosis senil y taquicardia.

El auto se detuvo junto a una modesta residencia situada en los alrededores de la zona residencial más aristocrática del país.

- Bueno, don Gerardo, mucho gusto. Y an-

tes de despedirme, permítame felicitarlo por su elocuente y magnífico discurso.

- Gracias; tú siempre tan expresivo.

Los dos hombres se despidieron. El flamante auto prosiguió la marcha.

"Buen hombre este Tejeira -pensó Gerardo- lástima que le falte prosapia. ¿Prosapia?. Buena palabrita para el próximo discurso: La falta de prosapia y honestidad de algunas gentes... No está mal. No está mal.

Sus pensamientos se trasladaron por un proceso sub-consciente, a Juan José.

"¿Tuberculoso?. Horrible enfermedad. Mala suerte de algunas gentes. ¿Cómo es posible que no se haya tratado a tiempo?. Con un buen doctor... ¿Qué hubiera sido de mí si no me hubiera tratado?. La sífilis es una enfermedad espantosa. Bueno; ya todo pasó y, ¿para qué?. Menos mal que ahora sí estoy a un paso de la presidencia. Si papá viviera vería sus deseos colmados. Mis hijos estarán orgullosos de mí. Antes de morir los aconsejaré. ¡Oh, la muerte!. Estos malditos cálculos... El corazón tampoco me funciona bien. ¿Morir?. No; no debo. Ahora que comienza la vida....

Mejor me voy a ver a Berta. Mi señora no me comprende. ¡Pobres!; ha sufrido mucho. ¡Ah!, la vida. Pensar que en un tiempo estuve a punto de romper con ella. ¿Qué hubiera dicho mi suegro?. De buen escándalo me he salvado. La tolerancia es la base del matrimonio."

-Oye, Juan,- dirigiéndose al chofer- regresa. Necesito que me lleves a la calle 43, donde -- siempre.

- Bien, señor.

Gerardo siguió meditando:

- "Creo que Berta tiene algo de whiskey que le dejé ayer. Estos médicos son incomprensibles. A veces lo prohíben todo... hasta el whiskey... ¿Por qué no prohíben la muerte mejor?."

C A P I T U L O C U A T R O

El parque de Santa Ana está ubicado en el corazón mismo de la ciudad. Antes se encontraba en los alrededores de la urbe. En este sitio y en los circunvecinos vinieron a vivir los elementos de un nivel económico más bajo. Poco a poco, al extenderse la ciudad, fué tomando más renombre por la aglomeración de personas, más bien de extracción popular, que allí se reunían. Su versatilidad es lo que se nos antoja más típico. Adieso, tenemos al hombre de palabra fácil y gracia plena; al charlatán consumado y bullicioso; al viejo muy pagado de su experiencia; marinos, boxeadores, obreros, dignos exponentes de una tierra tropical.

- Yo soy rojo, pero de la vieja guardia. Gerardo González, con sus viejos ancestros liberales, es el "fijo" en estas elecciones.

Un joven de tipo nervioso escuchaba con afán de entablar discusión. Sentía cierta animadversión a sus mayores. Necesitaba demostrar que, aunque no tuvie-

ra experiencia, podía caberle la razón.

- Puede ser el "fijo" -respondió enfáticamente- mas eso no indica que tenga educación y cultura, que es lo que necesitamos...

Al oír el argumento del joven, el hombre de la primera afirmación hizo una mueca abultando el morro y dejando resaltar su nariz varicosa, lo que le dió una expresión cómica. Luego, emitiendo una sonrisa de satisfacción, replicó:

- No sea usted idealista, joven. Lo que necesitamos es popularidad. Los cultos se pueden conseguir y, en verdad, bien baratos están. Con cinco balboas se compra un maestro de escuela. Y con mil, al líder de los socialistas con todo su conjunto.

- Comprarán a los que no tienen sus convicciones firmes; a los que tienen el cerebro en el estómago. Afortunadamente la juventud no piensa como los señores de la "vieja guardia".

- Estás en pañales, mi hijito. Lo que vale es el dinero. Concibe tú a Juan Marín o a Pedro Gutiérrez de Presidentes. Las grandes cabezas; ¡quién lo duda!

jar jugar porque diz que faltaba a clases, o qué se yo. La cosa es que el "negro Carioca" le dió de golpes. Y, por supuesto, se formó el "free for all" y lo expulsaron. Todos sus amigos nos reunimos en el Aula Máxima y acordamos ir a la huelga si no se le admitía. Conseguimos que se le readmitiera y que jugara contra el Artes. "Pichó" de lo lindo. ¡Oh, qué tiempos aquellos!. Hoy la juventud no tiene el entusiasmo de antes. Se deja engañar por cualquier cosa.. Que porque tal profesor es reaccionario, a la huelga; que porque es comunista y lo destituyen, a la huelga. Mocosos que creen que pueden componer el mundo; ¡bah!....

El joven, afortunadamente tenía una tesis que oponer. Ya antes se había preparado contra los viejos reaccionarios que, con Manrique, creían que todo tiempo pasado fué mejor.

- Lo que pasa es que ustedes creen que todo tiempo pasado fué mejor, porque en aquel entonces vivieron su juventud, que es la etapa más positiva de la vida. Pero si vamos a la verdad de las cosas, deben admitir que la gente de antes era más ignorante. Cuando nos separamos de Colombia, más del ochenta por cien-

to de la población era analfabeta. Cifras innegables.
¿Qué dicen?

- Ya ves, Montenegro. La juventud siempre irrespetuosa. Se creen los "sabelotodo". Sin embargo, no saben distinguir entre el cuero y el pellejo. La humanidad está perdida..

En tono doctoral, Montenegro arguyó:

- No sabe lo que dice; apenas nació ayer. De las cifras nos burlamos nosotros. Y si a idealistas vamos, también nosotros lo fuimos. Es cierto que había mucho analfabeta; pero con gran corazón. Panamá, gracias a nosotros y a los "viejos" que hoy ustedes tanto ofenden, fué el último reducto liberal que cayera. Y nunca cayó. Ofreció resistencia a las fuerzas conservadoras colombianas de las que nos separamos, precisamente por el mal trato que nos daban. ¿Y ustedes, qué han hecho?. Criticarlo todo en vez de estar agradecidos. ¡Juventud torcida!

-¡Bravo Montenegro!; lo apabullaste. Con ese discursito te quedas de presidente de ese famoso Frente Patriótico de la Juventud que tanta alharaca hace...

antiguo profesor.

"Quizá Montenegro tenga razón -se decía- los directores del Frente no son del todo sinceros... Un día me desilusionaron".

Llegó al café. Tomó asiento y siguió cavilando.

"Fué cuando se presentaron, intempestivamente, el gran Pedro Gutiérrez y aquel dirigente sindical, quien por sus ademanes y baja estatura "le pareció ridículo", a ofrecer a la juventud toda su colaboración con el fin de labrar entre ambos, la unidad de todas las fuerzas positivas de la Patria.

"Con qué claridad disertó Pedro!; Qué análisis de la situación nacional hizo!. -Si la juventud organizada admite la corrupción y la oligarquía como formas de gobierno, ni es organizada, ni es juventud. ¿No clama por redención vuestra sangre joven?-. Claro; está claro. No puede ser joven quien sólo lucha por sus intereses. Los directores del Frente son profesionistas. Por eso han perdido parte de su juventud, ya que luchan por sus propios intereses. Quitate tú para ponerme yo. Eso es..."

-¡Epa, amigo!. Usted parece que no oye..

Si no me equivoco, está pensando en la Patria -se anunció el profesor, interrumpiendo el pensamiento del joven-.

- Efectivamente, profesor. ¿En qué más pue de pensar un joven?

- Bueno, eso está bien. Mas recuerda que no sólo pensando se hace Patria. "Estudiar en los libros, estudiar siguiendo el curso de las escuelas; estudiar y actuar, pues la vida es el más grande de los libros", ha dicho, y con razón, uno de los grandes maestros de la juventud.

- Bello pensamiento; pero válgame esta confesión. ¡Cuán difícil se me hace estudiar...!. ¿Y, sabe por qué?. Porque soy muy imaginativo; esto es... Y entre más románticos y positivos son los autores, más difícil. Sueña uno realmente. No he leído dos páginas, cuando ya no sólo he creído encontrar solución a los problemas de la Patria, sino también, los del mundo...

El profesor escuchaba con regocijo a su ex-alumno, que le hacía recordar su propia juventud. El, que cuando joven había pensado así, hoy se mantenía en la misma posición de los pacíficos inoperantes. Había aceptado

la cátedra para aliviar su situación económica. Quiso enseñar la verdad; la justicia; la razón, y se le obligó, desde su tribuna, a acatar un plan de enseñanza feudalista, lleno de prejuicios; anti-científico.

Acató el programa sin protestar. Se le empezaba a marchitar el cuerpo y, el alma. Sólo a la sombra, como hoy, podía enseñar. Tal era su debilidad...

C A P I T U L O C I N C O

Una ráfaga se coló por la puerta entreabierta e hizo vacilar la luz de la lámpara, que pareció iba a anagarse.

Adela miró al enfermo y, tuvo nuevos presentimientos. El aire venía impregnado de un olor a pescado y a patio sucio. Era, como siempre, una noche versátil; triste por dentro, y alegre por fuera. Muerta y viva. Enferma y borracha. Marina y musical.

Dolores oía vagamente, sin percatarse de ello, los lamentos de una raza sufrida: "Stormy weather", contagiados y refundidos por la queja de un borracho oprimido por el hambre y la debilidad.

Un segundo de esa noche en ese barrio, era suficiente para comprender todas las iniquidades del mundo; toda su miseria y su cruda realidad...

En otra parte, alguien de mejor suerte encendía un cigarro con un billete de cien dólares, haciendo

ostentación de su riqueza. O algún ricachón giraría un cheque de mil, ante los coqueteos de la dueña de unas piernas bien torneadas... Mientras que en este lado piernas flacas; analfabetos; borrachos y hambrientos; suicidas; iglesias sin campanarios; limosneros con suerte.

Ese cuerpo inerme, casi muerto sobre una mala cama, representó en su juventud la posición política más en boga y más positiva; el verdadero pionero del liberalismo; su contenido ideológico. Los jóvenes de su época eran los "montenegros", admiradores y siervos de la riqueza, y también los "profesores" timoratos. Por eso, Juan José no pudo llegar alto. Y ante la imposibilidad de marcar un derrotero, se condenó a sí propio, degradando su cuerpo y su ideal en el alcohol, enervante que él sabía, lo llevaría a la tumba. ¡Así quiso castigarse!. No obstante, ese esfuerzo aparentemente infructuoso tendría una compensación. Otros recogerían su herencia de lucha, ajustándola a los tiempos nuevos.

Juan José sufría entrañablemente. No podía pensar con claridad. Oía palabras que se perdían en la nada. Aguzaba el oído. Ponía su atención en las palabras escuchadas. ¡Inútil!, volvían a escapar. Otro es-

fuerzo; ¡maravilloso! Su mujer decía algo.

El enfermo había logrado distinguir la voz de Dolores. ¿No era éste un adelanto?. Vió una figura. Trató de reconocerla. "Se acerca mucho... mucho. Es una mujer. Se acerca... Ríe..." Sólo podía distinguir su cara. "Se enciende". Oyó una risa estridente... Las llamas se fueron extinguiendo como una cerilla... "Ya nada; nada"... Se le cerraron los ojos.

Dolores había salido de su estupor. Ya no le importaba el Qué hacer. Sentía como si nada estuviera aconteciendo. Una impresión distinta. Nada le importaba. Nunca había tenido esa impresión; una impresión fuerte, a no ser cuando niña... Bueno, por algo le decían la llorona. Ya estaba acostumbrada; se había vuelto insensible. Comprendía perfectamente que el tiempo se encargaría de cicatrizar la herida.

"Todos tenemos que morir -pensó-. Así será mejor... que descanse... Esto no es vida... ¿Se habrá arrepentido Juan José de sus pecados?... ¿Será mejor la otra vida?. ¿Habrá otro infierno en el más allá?. No es posible. Algún día se tiene que descansar. De todas maneras no hay dinero para llamar al cura..."

- Sabes, Adela, me gustaría llamar a un cura para que me consolara a mí. Juan José va a descansar pronto. ¡Gracias a Dios!.

Adela escuchó abotargada a Dolores y le produjo una impresión agradable la idea de la muerte. "Quizá sea bella la vida en el más allá". -pensó- Suspirando, rehusó:

- Todos tenemos que morir tarde o temprano.

-¿Sabes, Adela?, ya estoy calmada. Y me calma el pensar que existe un momento y un lugar para descansar. Entonces nada se siente; se vuelve a nacer en otra vida en donde nada es...

Interrumpió Adela:

-¿Tienes dinero para traer al cura?. Bueno, yo puedo prestarte tres pesos. No lo tomes a mal. De veras que no los necesito. Todavía los señores no me han pagado la ropa, así es que tengo cinco pesos más...

Otra vez, Adela hacía volver a la realidad a Dolores, quien enojada la escuchaba.

"¿Cómo pude pensar en un cura?. ¿Sabrá el cura

realmente lo que es el dolor?. El vive bien, segun dicen, en Bella Vista. Ese es el destino de nuestras limosnas, cuando no se van a Roma. ¡Malditos!.

- No veo por qué para entrar al cielo se deba cobrar. Lo que es a mí no me sacan un centavo esos bandidos -exclamó Dolores-. .

- Ay, Dolores, no sé cómo puedes decir eso. Dios te va a Castigar... Será mejor que descanses. No has dormido bien últimamente.

-¡Beh!. ¿Crees tú que Dios es perverso como el hombre?. ¡Mentiras de la Iglesia!. Dios tiene que ser santo y la santidad no admite el castigo. Ya nuestro castigo está dado y es esta vida miserable que arrastramos. Dios, que es la justicia más justa, la justicia divina, nos dará nuestro premio, el descanso, el descanso eterno....

"Pobre Dñores; qué bien habla. Se ve que ha sido maestra de escuela. El cura ha dicho que los maestros son herejes. Pero, ¡qué caray!. En verdad, yo también he echado mis maldiciones y he sentido un gran alivio."

- Que se vayan al Diablo los curas -protestó Adela retadora-. .

El enfermo volvió a reaccionar. Ya no se le oprimía el pecho. Trató de mirar a su alrededor. Allí estaba la figura borrosa que se movía. "¿Qué hace?. ¿Todavía soy...?"

Juan José llegó a su álgida lucidez. "El descenso?... Horrible... Mi mujer; mi Pedro... ¿Dónde?... La figura se mueve... -Angustias; nuevas asfixias- Se mueve... No; no... Agua sucia; viene; viene". Se quejó levemente.

Dolores y Adela se levantaron conmovidas por un mismo resorte. El rostro del enfermo se contrajo. Un aliento fétido inundó la habitación: el hálito de la muerte.

"Vie... viece..." -un erupción más, precedido por vómitos de sangre-

A Adela se le revolvió el estómago. Dolores se había adelantado y abrazaba al enfermo con todas sus fuerzas, en actitud desesperada. Lloraba toda convulsa diciendo:

- No, no; no te vayas; no quiero.

Luego en un ataque frenético:

- Te perdonaré las borracheras. Te compraré medicinas. ¡Ay!. -Se arrodilló- ¡Ay, Dios mío!, apiádate de mí. -Suspiró. Y calló. Y quedó como desmayada.

"Ya pasa... paaasa. Morfina... El cie... lo..." Oía un coro de ángeles. ¡Moría lúbrico!. De repente todo le comenzó a dar vueltas y quedó estático. Ya nada oía; nada percibía. Estaba muerto.

C A P I T U L O S E I S

- Es la hora de vivir, oh abandonado -exclamó Gerardo en el momento en que Berta abría la puerta.

- ¡Si es mi encanto en persona!. No te esperaba. ¿No dijiste que no ibas a venir?. Bueno, mejor. Desesperaba por verte -habló Berta con hipocresía. Por dentro se dijo: "Otra vez aquí, viejo zorro, lo que es esta vez bien caro te costará el relajito. Necesito distraerme. Ya estoy cansada de este viejo inútil. El viajecito de que habíamos hablado no me sentará mal. Lo que es hoy te lo saco, viejo bribón."

- Mi capullito de alelí; ¿quieres decirme si tienes algo del traguito que te dejé ayer?. ¿O, ya se lo tomó mi boquita azucarada?. ¿No hay un besito para este viejecito?.

- No seas bobito. Entra. ¿Crees que puedo tomar un trago sola?. Necesito compañía para eso. Tu compañía, por supuesto... Y protesto; protesto si crees

que sólo te voy a dar un besito. Bribón; tendrás tu merecido.

"Oh, qué encanto de mujer -pensaba Gerardo- esto es "boccato di cardenale"; mejor, "boccato di presidenti".

-¡Ejem!. ¿Qué dice mi "boccato di presidenti"? Mejor compramos champaña para celebrar. Traigo grandes noticias que contarte, "mi adorada traviesita. Espera. Mandaré a mi chofer por el champaña.

Gerardo bajaba las escalinatas con el propósito de dirigirse al auto. En el penúltimo escalón tropezó con algo y estuvo a punto de romperse la crisma. "Ah se dijo, cuando sea presidente no la tendré aquí. Una casa solita para ella. Este lugar es peligroso." Continuó su camino tarareando una canción ... "Si a tu ventana vuela una paloma...". Después de cumplimentar su propósito, regresó dando saltitos por la escalera, silbando la misma copla.

- Bueno, todo hecho, chiquita. Ahora a morirse en tu regazo acogedor.

- Venganse los cuentecitos, que ya llegará el champan y mi amor con él..

- Tu amor está aquí, mi linda dulcinea,
-requirió Gerardo parodiando al actor que hacía época.
Un cantante español que se había presentado hasta el can-
sancio en el Teatro Nacional y que gozaba de las simpa-
tías del "oficialismo".
(2)

- Ven acá, mi "rorro", - musitó Berta, con
ese arte propio de las mujeres.

El viejo creía sin miramientos todo lo que la
mujer le decía, sin llegar a comprender que toda mujer es
una Sara Bernhardt, tanto o menos desarrollada. Cosas ra-
ras las de este mundo: Gerardo dudaba hasta de su propia
sombra y con esta mujer se portaba como un niño. Por al-
go dicen que el viejo es dos veces niño.

Vino el "champagne" y fué puesto en un cubo con
hielo. Además, el chofer trajo unos bocaditos: empanadi-
tas calientes y ensalada. Todo muy a tono con las circuns-
tancias, según el pensar de Don Gerardo.

De repente, ruborizándose como un colegial, di-
jo:

- Ha llegado la hora de sonreír y de go-
zar. Y luego en tono más serio:- Pero antes, permitid-

me que os imponga una condecoración merecida. No es un tributo digno a tus merecimientos, pero ardo por tocar ese cuello nacarado.

"Ya se me adelantó el viejo. ¿Qué chuchería traerá?.. Ahora me será más difícil sacarle el viaje; pero me juro se lo saco, cueste lo que cueste...".

Después de tomar las primeras copas, Gerardo se sintió frenético. Berta se le hacía cada vez más provocativa y exquisita. Optó por apoyar la cabeza en el regazo de su "dulce tormento", al tiempo que solicitaba un "besitico", el cual, desde luego, le fué otorgado. Le dió un vuelco el corazón y le siguió latiendo con fuerza y rapidez. Tuvo necesidad de sentarse para tomar mejor el aire. El diván donde ambos estaban ubicados rechinó al levantarse de súbito.

-¿Qué te pasa, queridito?.

- Es el corazón. Sentí como si me fuera a estallar; pero no te preocupes, esto pasa.

Apuró dos tragos de champaña y se sintió aliviado.

* Ya ves, quedó arreglado. Anda, déjame darte una mordidita, que ya empieza la locura...

- Espérate, goloso. Ya pasaremos a la alcoba. Pero antes... -recordaba su asunto, el viaje- antes es necesario que me cuentes lo que me prometiste.

- Ah, qué mujer encantadora. ¿Crees que se me había olvidado?. A tí nunca te ocultaré nada. Tú eres todo para mí, ¿entiendes?. Bien; creo que ya tengo asegurada la presidencia. Hoy el Presidente me hizo la promesa formal de respaldarme. Te asegu...

Fué interrumpido por su compañera, que asiéndosele del cuello, le dió tres besos en la frente y uno en la boca diciendo:

- Te lo mereces, carilimpio. ¿Quién más si no tú...? ¿Verdad que no me vas a olvidar?. No. Prométemelo..; prométemelo. No te soltaré hasta que me lo prometas.

- Te aseguro que no te olvidaré nunca. Sería un tonto de remate si te olvidara. Mi mujer no me comprende, tú lo sabes.

- Olvídate; no quiero atormentarte. Nun-

- No, mujer; no te apartaré de mi lado. Eres grande, noble y valiente. No, aunque me convierta en un despojo.

- He dicho que es una orden. Vamos a la alcoba aunque sea por última vez, si esa es mi suerte.

C A P I T U L O S I E T E

Conversaban con la luz apagada, quedamente, por el temor de ser oídos. La recámara vecina, que estaba a una pared de por medio, la ocupaba un solterón sempiterno, agente comisionista de un gran ingenio de azúcar y el que esa noche había llegado temprano.

La parte de la casa que le correspondía a Berta, la formaban un salón grande que hacía de sala-comedor; una cocina con todos sus servicios: refrigerador, alacena, mueble de fregadero y estufa de gas, y la recámara exquisitamente amueblada.

La casa estaba rodeada de pequeños y coquetos jardines. La parte trasera era la ocupada por el inquilino solterón.

En realidad, Berta no había recargado su casa. Todo estaba allí con mucho gusto. Fuera de su natural buen gusto, había aprendido algo de su primer marido, un arquitecto italiano, el que la abandonó por casarse con una norteamericana de mucho dinero. Desde entonces, Ber-

ta buscó siempre la vida fácil. Su ex-marido le había enseñado a manejar a los hombres. Gerardo desde que la conoció, un año después de que ella se separara, se prendió con entusiasmo casi senil.

Una excitación febril se apoderó de Gerardo; se sentía arder. Encendió la bujía de la lámpara de buró. De un trago vació la copa champañera. La volvió a poner en su lugar y apagó la luz. Se sintió arder... Un beso. Los pies se le enfriaban. Otro.. Estaba sudoroso. "Ah, qué delicioso tormento" -pensó-. Otro beso. Sintió la cabeza pesada; como que algo le quemaba por dentro. Mareo. Sensación de debilidad. Hizo un esfuerzo. Se incorporó. Cayó de la cama, llevándose tras sí la veladora.

Berta atemorizada encendió la luz. Observó con horror la cara de aquel hombre. "Muerto sin cerrar los ojos". Esos ojos abiertos expresaban el tormento del último minuto.

Una mirada. Sí. El muerto miraba. Berta se puso lívida. Gruesas gotas de sudor le surcaron el rostro. Había oído hablar de los peligros de efectuar el acto después de comer. Nunca creyó que eso le pudiera

sucedier. Cayó pesadamente en la poltrona del dormitorio y se quedó atontada.

Horas después, el doctor dictaminaba: Muerto en un ataque de apoplejía.

El médico forense se encargaría de la autopsia.

Mediante gratificaciones se logró medio callar al médico y su ayudante, los que prometieron guardar las reservas del caso.

La noticia, no obstante, cundió con rapidez asombrosa; con la rapidez con que se propalan todas las noticias confidenciales en Panamá o cualquier otro lugar pequeño.

C A P I T U L O O C H O

El Profesor, herida su mañana, se encontraba sentimental. Le martirizaba la insatisfacción que producen treinta años de envilecerse enseñando en la escuela de la mentira y del odio. ¡No podía continuar así!. Un joven ahí presente, ávido de conocimientos, buscaba el camino de la verdad. ¿El profesor, conociendo la luz de la alborada, debía conspirar con su silencio y dejar sumido en la noche de la ignorancia a aquel espíritu inquieto?.

¡No!. ¡Claro está que no!.

Un canto de rebeldía vibró en sus venas y dispuso, antorcha de luz, trazar el camino; iluminar el sendero a este joven, cuyos ojos buscaban desesperadamente salir de las tinieblas.

¿Cómo hacerlo?. ¿Qué hacer para aprovechar ese minuto de decisión y encontrar el átomo de la verdad?.

No conocía un sistema educativo capaz de acometer tamaña empresa. Debía despojarse de la vestidura

de la enseñanza secular y, sin embargo, enseñar.

"Qué dilema" -se decía-. Sin importarle, buscó inspiración en su númer, y recurso en su talento.

Gravemente, como aquel que se eleva a las grandes alturas dióse a la tarea. La voz se le quebraba por la emoción que sentía.

- Tú quieres saber la verdad. No tienes más armas que la duda y tu juventud... Voy a hablarte con sinceridad... Quizá yo pueda brindarte otra arma... Cuando joven me hubiera gustado tener alguien que me hubiese servido de guía. Guía y pauta para mi liberación. Hubiera entonces desbordado mi juventud en las causas más nobles y ... más justas -añadió, encontrando las palabras, y continuó después de unos minutos de reflexión con la mirada perdida en el vacío.

- Es cierto que las palabras por finitas no pueden expresar sentimientos infinitos; son, en cambio los conductos que llevan parte de nuestros sentimientos. Si en Antropología podemos deducir un cuerpo con sólo presentarnos un miembro; en la vida, se puede interpretar un sentimiento con una palabra.

- Es por esto por lo que reclamo tu atención y recorro a tus sentimientos de joven; para que trates de encontrar la verdad buscada por los hombres bien intencionados.

El joven se interesó vivamente.

Una nueva esperanza renacía. ¿La luz de la inteligencia lograría penetrar en él?. Se estremeció ante la idea; sentía las angustias del profesor en su propia carne.

- Es necesario, ante todo, despojarse de los prejuicios de la educación recibida y tener el ánimo dispuesto. Para así, librados de fanatismos, poder templar nuestro espíritu con la luz de la sabiduría.

- Te extrañará mi comportamiento. Yo he enseñado durante treinta años la educación del prejuicio y del fanatismo. Me he engañado a mí mismo, creyendo que el hombre inteligente tenía derecho a disfrutar cómodamente su inteligencia. ¡Acúsome de tal infamia! . Sírvenme ahora de lenitivo, pensar que todavía no es demasiado tarde. Alimentaré mi espíritu con la satisfacción que produce el buen proceder y este vil cuerpo no

"disfrutará" más, recibiendo , en cambio, un ideal justiciero como único alimento.

- Renunciaré a mi oportunismo de viejo.

Se enjugó la frente. ¡Lo juro! -dijo, temblándole los labios. Bebió un sorbo de café.

Ya repuesto de su excitación, prosiguió arrastrando las palabras:

- Es conveniente, ante todo, buscar nuevos términos para expresar mejor las ideas. Veamos. Tenemos un término: MATERIA. Lo vamos a utilizar para significar con él la Tierra, el hombre, los animales y las plantas; la luz y la energía; el espacio y el átomo. En suma, la vida animada e inanimada; la energía y todo aquello capaz de producir o dar vida.

- Por otra parte tenemos el concepto: IDEA. Comprenderemos en éste, la Metafísica; el bien y el mal; la geografía, la Historia, las palabras, los pensamientos, la Religión, la Etica. En fin, todo lo abstracto que crea el hombre, al interpretar el Universo y la Vida.

- Bien. Lo primero nace antes que el hombre y se proyecta en el tiempo y en el espacio. Y lo se-

gundo, la Idea, nace con el hombre.

- La Ciencia, sin prejuicios, no concibe una piedra enamorando a otra y diciéndole: "Eres muy bonita. ¿Te casarías conmigo?. Nos casaremos por la Iglesia. ¿Crees en Dios?. ¿Cuántos años tienes?. ¿Eres extranjera?. ¿Te gusta la luna?." y además, cosas que un hombre puede preguntar a una mujer.

- De este ejemplo se desprende que primero tienen que existir las "cosas" para luego interpretar las. La interpretación viene siendo un reflejo de la "cosa" interpretada. Pero es claro y lógico que la "cosa" tiene que existir primero.

Interrumpióse el Profesor para tomar el cigarrillo que su alumno le ofrecía. Miró fijamente al joven y se percató de que éste guardaba una actitud de profundo interés.

- Hay sentimentales inconscientes, siguió, que pretenden demostrar que el mundo está formado por palabras. En todo caso, más correcto sería decir que el mundo forma las palabras porque el hombre está en el mundo y las palabras en el hombre. Quiero hacerte notar que

mundo, en este ejemplo, lo utilizamos para indicar lo mismo que el concepto, materia.

- Hay otros hombres, bien intencionados o no que pretenden demostrar que al mundo lo hizo la idea. Tesis igualmente falsa a la anterior por la misma razón. Entonces, para fijar bien las ideas, podemos decir que en Filosofía hay hombres que piensan que ~~la~~ Materia es lo primero. Juicio más correcto y científico a mi modo de ver. Otros hombres, sentimentales inconscientes o mal intencionados, pretenden demostrar que la Idea es lo primero.

- El hombre nace en las postrimerías de la Terciaria. Se da cuenta que hubo mucho de Materia antes que él. ¿Cómo puede creer que su cerebro hizo el mundo, por el sólo hecho de ver o pensar..? Si vé, esto significa que hay algo fuera de él. Los animales ven y no concebimos que por ello hayan hecho el mundo... Las plantas no pueden ver ni pensar y las piedras son más simples aún que las plantas. Esto nos indica que el mundo marcha de lo simple a lo complejo; y, además, que el mundo se mueve.

- Estas cosas son claras como la luz del sol, para una mente libre de prejuicios y fanatismos.

C A P I T U L O N U E V E

Las radio-emisoras del país transmitieron la noticia. "La Patria perdía un gran hombre y el liberalismo su defensor más aguerrido" -había dicho el Presidente al comunicársele la infausta nueva- "Gerardo González no moriría solo..."

El Gobierno facilitaría medios de locomoción para que todos los liberales y "buenos panameños" acompañaran al ilustre "patricio" a su última morada.

Un campesino de un lugar apartado de la urbe, comentó con regocijo: "Mañana tendremos "chiva" (3) gratis.

Un hombre del pueblo exclamó: "Otro grande que muere. Buen café tendrá este entierro."

La noticia repercutió por todos los ámbitos de la República.

En Santa Ana se apreciaba una carrera loca de "corre-ve-y-diles" llevando la noticia. Hubo quienes se aprovecharon para hacer chistes subidos de color..

Pedro Gutiérrez oía la radio con los ojos llo-
rosos. Había recibido el telegrama en que le anunciaban
la muerte de su padre. Tenía que hablar en el mítin or-
ganizado con el objeto de formar las centrales campestres.
Estaba un poco agotado y se había acostado a des-
cansar cuando le llegó el telegrama. Luego, la noticia
del fallecimiento repentino é inesperado del jefe del li-
beralismo. Este último acontecimiento lo obligaba a cam-
biar sus planes.

"Debemos hacer mañana un mítin monstruo en la
capital -se decía-. Es preciso aprovechar la coyuntura.
Telegrafiaré a Juan Marín para que se encargue de hacer
los preparativos necesarios en Panamá. Por mi parte, a-
provecharé esta reunión de agricultores, donde afortuna-
damente tenemos muchos contingentes. Los camiones otor-
gados por el gobierno pueden servir... ¡Pobre papá! ...
¡Qué contraste de muertes!... Afortunadamente le dejé al-
go a mamá. Era de esperarse. Telegrafiaré a... Esther..
Ella tendrá el cuidado de consolar a mamá. Bueno, ya es
tiempo para prepararse."

C A P Í T U L O D I E Z

La casa donde vivió Gerardo González estaba en las afueras de la ciudad, en el aristocrático barrio de "La Cresta". Ocupaba la parte superior de la loma, propiamente, la cima. Una carretera en forma de espiral, permitía el ascenso con relativa facilidad. De la residencia se podía contemplar la urbe y el argentado mar; árboles frondosos; preciosas residencias palaciegas; jardines cultivados con esmero; todo lo grande que al hombre puede hacer para darle más realce y belleza a un ensueño: la Naturaleza.

Un enjambre de personas estaba esparcido por el patio, el jardín y los recibidores de la casa. Unos habían ido con el objeto de platicar con sus amigos y pasar una noche agradable. Otros, los más, movidos por la curiosidad. Los allegados consolaban a los deudos.

Los dos hijos mayores de la viuda se encontraban en los Estados Unidos. Uno en Nueva York en viaje

de negocios y estudiando medicina en la famosa universidad de "John Hopkins", el otro. El menor, de doce años, era el único presente.

Cuando Ramón Tejeira supo la noticia de la muerte de su jefe, el corazón le dió un vuelco de gusto. ¡Tomaría las riendas del partido!. A pesar de encontrarse en pijama, no se había acostado. Estaba leyendo cuando su señora le dió la noticia. ¡No podía creerlo!. Dos horas antes lo había dejado, al parecer tranquilo.

Un pensamiento le asaltó. Se tornó medroso, hablando para sí mismo: "La muerte llama sin avisar". Se estremeció ligeramente y quedó como paralizado.

Repuesto, se vistió con tranquilidad mientras ordenaba mentalmente sus planes.

- Qué te parece, dijo a su esposa; fui el último en verlo. Se veía saludable. Quién lo iba a creer.

La contestación poco le importó. Al salir, su esposa le aconsejó: -Cuidate mucho-.

"Primero iré donde la viuda -pensó-. No, mejor

con el Presidente; es más seguro. Caminó vacilante. No, siempre donde la viuda. Me pongo a su disposición. Ella estará inconsolable... Conseguiré hacerme cargo de todo, y, luego, iré a ver al Presidente. Sí. Eso es; seré el intermediario y, claro está, hablaré con el Presidente. Tal vez lleguemos a un acuerdo. Si él tiene otro candidato, no transo. ¿Por qué he de transar?. Lucharé hasta lo último. Lo han conseguido otros; ¿por qué no yo?. Si no me aprovecho hoy, no lo haré nunca. Bueno, todo decidido.."

Tomó un taxi rumbo a casa de la viuda.

La primera parte le salió a pedir de boca. La viuda, como esperaba, se encontraba abatida. Lo recibió anegada en llanto y en su pesar se aferró a él con desesperación. Le refirió episodios íntimos de su vida privada y le rogó encargarse de todo.

Transcurrida media hora, Tejeira subió las escaleras con la intención de avisar a la viuda que iba a salir. Debía entrevistarse con el Presidente. Este deseaba presentar sus condolencias personalmente. El buen Tejeira se brindaría a acompañarlo. De repente, observó con enojo a dos hombres que se carcajeaban a mandíbula

batiente y se devolvió a increparlos:

- Señores, hagan el favor de guardar más compostura.... Eeh -tartajé- respeten el dolor que hoy embarga esta casa.

- A la casa no puede invadirla ningún dolor -observó sonoramente el negro de las risotadas-. Y mi rando a su compañero: La observación está de más. El chiste es bueno y hay que celebrarlo. Yo por lo menos soy negro y luzco corbata negra; estoy de luto. Y luego en tono jocosos: pero este ni blanco es, ni traje de luto trae y su corbata es de fanfarria. ¿Irá a algún baile?...

Tejeira se tornó iracundo y unas venas rayaron su frente. Sus ojos escrutadores examinaron rápidamente a sus contrincantes. Notó que el compañero del audaz negro guardaba actitud de ataque, protegiendo a su amigo con todo su enorme cuerpo y su gran altura, como diciéndole: "Buscas bronca renacuajo; aquí estoy dispuesto a zumbarte."

Ramón optó por la retirada, no sin antes decir: Guarden compostura caballeros, es lo único que les pido.

El grande replicó enojado: Es un pobre hombre.

- ¡Ni tan pobre!. Era el jefe del libera-

lismo -replicó pausadamente el negro.-

Molesto, Tejeira continuó su camino mientras pensaba:

"Estos negros siempre se salen con la suya. No es chombo,⁽⁴⁾ pero también tiene complejo. Sí; hay que observarlos. Su color es luto, ¡bah!."

C A P I T U L O O N C E

Eran las diez de la mañana cuando tres hombres salieron en silencio del Palacio de las Garzas. El Presidente, un hombre de unos sesenta años, de cabello cano, andar pausado y mediana estatura; iba acompañado por su secretario particular, larguirucho, de nariz de ave, de rapiña y gafas de toscos arcos de carey. El tercer acompañante, Tejeira. Sufría una alteración nerviosa; ora se retrasaba, ora se adelantaba.

Al trasponer la puerta principal de Palacio y ya para abordar el regio "cadillac" presidencial, Tejeira, adelantándose, quiso abrir la portezuela del coche y arrolló al chofer.

"¿Qué me pasa? -increpábase-. ¿Cómo pude cometer semejante torpeza?."

Subieron. El coche se puso en marcha.

- Excelencia; permítame informarle que la familia de nuestro excelso compatriota, que en la gracia

de Dios esté, me ha encargado la organización de los funerales.

- Bien. ¿Y el partido, qué ha decidido?.

- Esta noche tendremos una reunión para escoger el orador que rendirá el homenaje póstumo.

Y Tejeira displicente continuó:

- Tengo entendido que el gobierno tomará parte y me he permitido trazar un orden, si usted no tiene inconveniente.

- No, Tejeira, no hay inconveniente. El gobierno que me honro en presidir sólo quiere ayudar para que el sepelio se ejecute con los honores adecuados a tan ilustre varón, repusó con gravedad el Presidente. Y luego en tono lastimoso: ¡una vida que se troncha en plena etapa de realizaciones...! ¡Que en la gloria Divina estés Gerardo!..

Al momento que encendía la luz interior del auto, Ramón sacó de los bolsillos interiores de su traje, sus gafas y una libreta negra que leyó:

- Sepelio a las doce; ¿le parece bien?

- Bien.

- Para rendir mejor tributo a Don Gerardo, que en paz descansa, estimo que mañana se declarará ~~el~~ día ^{de} "Duelo nacional". Si esto es así, me permito recomendar que las órdenes ejecutivas se expidan a las diez de la mañana, con el objeto de que participen los escolares; medida saludable que incrementará el espíritu cívico de los jóvenes. ¿No es su Excelencia de la misma opinión?.

El Presidente estuvo de acuerdo. Siguieron discutiendo hasta llegar a la residencia de los deudos, en donde todo quedó dispuesto.

Después de presentar su pésame y hacer guardia de honor ante el féretro durante cinco minutos, tanto el Presidente como su secretario, se retiraron.

LOS HIJOS

C A P I T Ú L O U N O

"Un entusiasta expuesto a equivocarse es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca... La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo"

José Ingenieros.

En el mítin de la noche, efectuado en el interior, se logró, gracias al trabajo de Pedro Gutiérrez, la unidad de todas las centrales y gremios campesinos. Este gran triunfo político se consiguió sobre bases elaboradas con antelación. La organización establecida permitía la vigilancia de los campesinos, para evitar que sus intereses fueran burlados.

Los agricultores pugnarían por la obtención de municipales, diputados y alcaldes propios, dando así un fuerte golpe al cacicazgo.

La organización era perfecta. Se había logrado la unidad campesina. La unidad obrera existía. Los obreros apoyarían a los campesinos en sus justas demandas y éstos, a su vez, se verían correspondidos. Entrambos formaban mayoría absoluta. Al día siguiente se sellaría el pacto de unidad en la capital.

Pedro Gutiérrez tuvo que partir esa misma noche. La dificultad de transporte la resolvió un campesino facilitándole su "jeep". Entre gritos de júbilo y gran alborozo partió el "líder".

C A P I T U L O D O S

El Café Coca-Cola bullía con las voces altisonantes de los conversadores y el humo de los cigarros. Las pláticas versaban sobre los más variados temas; desde la política hasta los deportes; de chismes, de arte, en fin, de todo aquello capaz de interesar o entretener al hombre.

- Aquí no hay ningún "piloto" a quien "sablear", comentó un joven de unos veintiocho años, de cabello lacio y brillante.

- Es cierto -respondió el interpelado con desgano.

El joven de los veintiocho años señaló al Profesor, y con voz tonante y acento burlón, profirió:

- Ese está durmiendo a uno. Lo tiene bobito...

El Profesor, recibía las ideas enviadas por el mecánico cerebro y las transformaba en palabras con una facilidad espantosa. Importábale poco lo que pudiesen pensar los fisgones.

- Mi opinión es la de que lo que hemos llamado materia es lo primero, es el origen de la "cosa". Tú debes estudiar, si quieres afirmar mejor estos conceptos filosóficos. Debes saber que la Filosofía se divide en dos grandes ramas: la de los Idealistas y la de los Materialistas.

- El mundo tuvo que originarlo o la Materia o la Idea.

- Creo que los hombres bien intencionados deben servir a la humanidad, cualquiera que fuese su creencia. No importa que una religión o concepción filosófica diga que Dios hizo al hombre, o que diga que fué el hombre el que hizo a Dios a su imagen y semejanza. Lo importante es tener la religión que enseña a servir a la humanidad.

- Entonces, si Dios existe, estará más orgulloso de sus hijos. No existirán los Dioses del Odio, del